

Capítulo XCIII.

Escena dolorosa.

El duque de Béjar era un verdadero amigo de Cortés, que aprovechaba todas las ocasiones para trabajar en su beneficio cerca del monarca.

Bien es verdad que en este interés que demostraba en favor del ilustre caudillo había algo de egoísmo; pero un egoísmo, no sólo disculpable, sino legítimo.

Trataba, como sabemos, de enlazarle con su hija, y natural era que procurase para su futuro yerno todo género de felicidades, que habían de redundar en provecho suyo.

Gracias á su influencia, consiguió que fuese nombrado confesor del rey y presidente de Indias fray Ro-

sendo Garcia de Loaisa, pariente de fray Diego de Loaisa, que se hallaba en las Indias.

No hay para qué decir, que debiendo su nombramiento á don Alvaro, había de ser indudablemente partidario de Hernan Cortés.

El ilustre caudillo disponia la expedicio para poblar el rio de las Palmas, situado más allá de Panuco, cuando recibió una carta de fray Garcia de Loaisa.

En ella le decia, que teniendo noticias de los servicios que había prestado á la corona, servicios que no habían sido recompensados debidamente por las malas artes de algunos consejeros del monarca, le invitaba á que regresase á España.

«Estoy seguro,—añadia,—de que en cuanto os conozca el emperador se pondrá de vuestra parte, á lo que contribuiré con todas mis fuerzas por el cargo con que me ha agraciado últimamente.»

Esta carta le decidió por fin.

Apresuró todos los preparativos para la marcha; pero primero despachó doscientos españoles y sesenta de á caballo, con muchos mejicanos, á tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decian, y abundaba en ella el precioso metal, la poblasen en nombre del soberano de España, y aplazó para más adelante la expedicion proyectada á la ribera del rio de las Palmas.

La noticia del regreso á España del ilustre caudillo circuló con rapidez, no sólo en Méjico, sino en todas las provincias del imperio.

Este viaje representaba para Marina la pérdida completa de las pocas ilusiones que le quedaban, y se decidió á trasladarse á la metrópoli para celebrar una entrevista con Cortés.

Apenas llegó, cuando se disponia á penetrar en la morada del caudillo, halló á una mujer, que dirigiéndole miradas de odio:

—¿Venís á ver á Hernan Cortés?—le preguntó.

—Tal es mi intencion.

—Siento deciros que tendreis que aguardar bastante; Hernan Cortés se halla en estos momentos muy ocupado, y además le tengo pedida una audiencia.

—Ninguna de esas razones son suficientes para que yo haga antesalas. Tengo títulos bastantes para llegar hasta donde se halle el caudillo.

—Yo tambien los tengo, y sin embargo respeto la indicacion que me ha hecho uno de sus servidores.

Marina hizo intencion de abrir la puerta que conducia á las habitaciones del caudillo.

—No consentiré jamás que veais á Hernan Cortés,—dijo la jóven,—sin que antes escuche las justas quejas de una mujer á quien ha hecho tan desgraciada.

Marina, en vez de condolerse al oír estas palabras, excitada por los celos, sonriéndose con desprecio exclamó:

—¿Y acaso una aventurera se figura que vá á estorbarme el paso?

—¿Quién sois vos?—preguntó con ojos centellantes Ihalí, que no era otra la interlocutora de Marina.

—Decídmelo, porque si, como empiezo á sospechar, sois la manceba del malinche, os juro por la salud de mi hijo que habeis de pagar cara la indiferencia con que me trata el amado de mi corazón.

Marina ya no tuvo duda.

Aquella mujer era la causa de que se hubiera entibiado hácia ella el cariño de su amante.

—Soy,—dijo, contestando á aquella provocacion,—quien en diferentes ocasiones ha salvado la vida al ilustre caudillo, quien se ha sacrificado por él, quien le ha conducido á la victoria, y quien, despertando en su alma la gratitud, el amor ha disfrutado de su cariño hasta que una mujer despreciaba me ha robado su afecto.

—Respetad mi dolor y no me exaspereis, porque es fácil que os arranque la lengua. Además, ¿sois acaso la esposa de Hernan Cortés,—añadió con ironía,—cuando os atreveis á insultar á una infeliz mujer que dió crédito á sus palabras de amor?

Estas razones no dejaron de pesar en el ánimo de Marina.

Pero siempre creia en favor suyo cuando ménos el derecho de prioridad.

Así es que mirando con arrogancia á su rival:

—Nos estamos causando inútilmente,—añadió;—Hernan Cortés ha de decidir la cuestion.

A las voces que daban aquellas dos mujeres, acudió el caudillo.

Para hacer más breve la dolorosa escena que comprendia iba á comenzar, aunque no se le ocultaba

lo inicuo de su conducta, exclamó con acento severo:

—¿Quién os ha autorizado para llegar hasta aquí y promover un escándalo?

—Tienes razon, —contestó Marina con amargura; —¿qué razon puede tener una madre desgraciada para implorar compasion del hombre causa de su desventuras?

—Coslidera que hay circunstanbias en la vida... que el hombre muchas veces...

—Lo que considero es que eres un infame, que despues de hacerme mil protestas de cariño, sostienes relaciones criminales con otra mujer.

Pero no debo quejarme, —añadió con desesperacion;—por tí he abandonado la religion de mis padres, por tí he vendido á mi patria, he contribuido á derramar la sangre de mis hermanos, y tantos crímenes no podian quedar impunes.

La expiacion que sufro es harto terrible.

Me veo despreciada por el padre de mi hijo, y su desvío llega hasta el punto de disponerse abandonar este territorio, tal vez para siempre, sin tener ni un recuerdo para la mujer que todo lo ha sacrificado por él, sin despedirse de ella siquiera.

Te doy gracias, sin embargo, porque en medio de tantas desventuras me has convertido á la religion cristiana, y sus inefables consuelos me darán resignacion para pasar los pocos años que me restan de vida.

Y como si se avergonzara de verter lágrimas de-

lante del caudillo, se retiró sin dar tiempo á Cortés de proferir una sola palabra.

El ilustre caudillo se impresionó vivamente por las palabras de Marina, porque representaban para él la acusacion de su conciencia.

Ihalí le miraba con ternura, y furtivas lágrimas surcaban sus hermosas mejillas.

—Perdónamé, niña bella, —dijo Cortés; — conozco, aunque tarde, lo mal que he obrado contigo; pero el hombre no puede sustraerse al influjo de las pasiones. Pero, ¿y nuestro hijo? —añadió de pronto. —¿Cómo no le habeis traído? ¿Acaso ha muerto?

—No le he traído ahora, —contestó con ingenuidad Ihalí, —porque creia que no os agradaria su presencia.

—¿Cómo has podido figurarte?... —dijo sorprendido el caudillo.

—No trato de acriminaros, señor; pero al venir á implorar vuestro auxilio, no manifestásteis el menor deseo de conocerle.

—Las apariencias me condenan, Ihalí; pero voy á demostrarte que te engañas al juzgarme de ese modo, asegurando el porvenir del tierno infante.

¡Oh! Mi gratitud será eterna. Si mi hijo es feliz, ¿que me importa á mí sufrir?

—Vamos á ver, hija mia: ¿antes de conocerme no has amado á nadie.

—Vos fuisteis el primero que despertó en mi alma ese dulce sentimiento.

—¿Y despues, al hallarte separada de mí, siendo

tan bella, ni aun por despecho has tratado de reemplazarme en tu corazón?

—Por piedad, señor, no agraveis mi dolor suponiéndome capaz de una acción indigna. Cierto es que algunos de mis compatriotas procuraban que correspondiese á su cariño; pero yo juré amaros siempre, jamás quebrantaré este juramento. A no ser vos el padre de mi hijo, hubiera dado oídos al cacique de Atloixtan.

—Pues bien, niña querida; ¿si yo te exigiese que hicieras un sacrificio en favor de tu hijo, vacilariais en llevarle á cabo?

—¡Oh! No.

—Vas á dar tu mano al cacique de Atloixtan.

—Eso nunca.

—Considera que con su apoyo serás respetada de todos, que tu hijo reemplazará más tarde á tu esposo en el mando, y que en tu posición, habiendo abandonado la provincia en donde naciste, no te queda otro partido que adoptar. Yo te hago esta súplica y la de que antes que yo abandone estos países me presentes al niño para estrecharle entre mis brazos.

La vehemencia con que pronunció estas palabras Hernan Cortés, decidieron á la india.

—Haré lo que decís,—dijo;—ya que me he olvidado de lo que me debía á mí misma, cumpliré como buena madre.

Ihalí partió.

Dejemos á la angelical Ihalí caminando hácia

Atloixtan para enlazarse con el cacique, y asistamos á una entrevista que celebró Marina con su hijo algunos días después de la dolorosa escena que habia tenido con su amante.

Capítulo XCIV.

Los últimos momentos de Marina.

Marina que casi se habia resignado á vivir separada del caudillo, porque tenia esperanza de que algun dia volveria á reunirse con él, al saber que iba á partir para España y al tener noticias de que habia estrechado en sus brazos á otra mujer, cayó en un abatimiento tan terrible, que minando poco á poco su existencia, le hizo comprender que sus dias estaban contados.

Los celos que habia despertado en ella ¡ah! agravaban más y más su situacion.

—Y no he debido nunca,—se decia,—venir de Méjico sin saber lo que Cortés decidia respecto á esa mujer. Tal vez, como es más jóven, dominará su voluntad, y mientras mi hijo se halla privado del cari-

HERNAN CORTÉS.

627

ño de su padre, el de mi odiosa rival esté á su lado.

Esta idea la mortificaba, y su enfermedad avanzaba rápidamente.

Un dia, llamando á su hijo:

—Hijo mio,—le dijo con débil voz,—siento que mis fuerzas decaen; todo me anuncia que pronto llorarás mi muerte; pero antes de que llegue ese caso, concédeme tu perdon y ten valor para escuchar la revelacion que voy á hacerte.

—¡Oh! Madre mia, vos no podeis morir; habeis sido tan buena para mí, que el Dios á quien me habeis enseñado á adorar no puede consentirlo. No, no es posible; ¡qué seria de mí sin vuestro auxilio, solo en el mundo!

—¡Ah! Déjame que te estreche entre mis brazos, hijo mio porque tus palabras atenúan algun tanto el dolor que traspasa mi corazon, y me hacen confiar en tu perdon.

—¿Para qué le necesitais?—dijo con ingenuidad el niño.—¿No habeis sido siempre para mí una madre solícita, cariñosa, apasionada? ¿No os habeis apresurado á complacerme hasta en mis más ligeros caprichos? Tranquilizaos y poneos buena. Yo rezaré á la Virgen Santísima, y como es tan buena, no podrá ménos de compadecerse de nosotros.

Marina sufría lo que no es decible al oír expresarse en aquellos términos á su hijo.

Comprendía el dolor que necesariamente le produciría su revelacion; pero un deber imperioso le aconsejaba no bajar al sepulcro con aquel secreto.

—Acércate, hijo mio,—exclamó, extendiendo sus brazos con cariño,—Dios te dé resignacion suficiente para escucharme.

No sabeis todo lo triste, todo lo amargo, todo lo doloroso de mi situacion al abandonarte en estos momentos, al dejarte á merced de las tempestades de la vida, sin poder darte en cambio ni aun la experiencia, la triste experiencia que á costa de mi virtud, de mi honor, he adquirido.

El niño fijaba sus hermosos ojos en los de su madre, sin adivinar lo que significaban aquellas palabras.

Marina continuó, despues de descansar unos instantes para tomar aliento:

—Ha llegado el momento solemne, hijo mio, en que levante el velo que cubre el misterio de tu nacimiento; ha llegado el instante en que, aunque me torture el alma, te diga toda la horrible verdad de tu situacion.

Por causas que seria prolijo enumerar, y que no me atrevo á revelarte, porque temo que las fuerzas me abandonen antes que confesarte la historia de tu nacimiento, conocí á un hombre por cuyo cariño hubiese dado la vida la más opulenta mujer de la tierra.

Su talento, su valor, su generoso corazon, la brillante posicion que ocupaba, me fascinaron.

Yo le adoraba en silencio, y durante mucho tiempo no me atreví á darle á entender el lugar preferente que ocupaba en mi corazon.

Desempeñaba á su lado las funciones de intérprete, y en este concepto le acompañé en todas sus expediciones.

En más de una ocasion le salvé la vida, y la gratitud que se despertó en su corazon no tardó en convertirse en amor.

Yo, y esto es para lo que jamás tendré bastantes lágrimas para arrepentirme, correspondí á su cariño. Bien es verdad que mi imaginacion me habia presentado á ese hombre como la personificacion de mis ensueños.

Desde aquel momento fui su esclava.

El lazo que nos unia, yo creia, dejándome mecer por mis ilusiones, que se santificaria algun dia por medio del matrimonio.

Un dia, sin embargo, sufrí un golpe terrible.

Un amigo del causante de todas mis desdichas me galanteada tambien, y al ver que no hallaban acogida en mi corazon sus palabras, me dijo:

—Haceis mal en guardar fidelidad á un hombre que tarde ó temprano ha de demostraros que no tiene corazon. Habeis de saber que está unido á otra mujer, pero con lazos indisolubles, con los de la Iglesia; por lo tanto, no aspirareis jamás á ser otra cosa que su manceba.

El niño se acercó más á su madre para no perder una sola palabra de su relato.

Marina le hizo seña para que le alargase un pomito que contenia un cordial.

Despues de humedecer su garganta:

—Yo no queria dar crédito á aquellas palabras; pero mi galanteador añadió:

»—Ya podeis figuraros la nobleza de sentimientos de vuestro afórtunado amante, cuando ha abandonado á doña Catalina, su esposa, y á su hijo, dejándolos poco ménos que en la miseria.

—Repito que no dí crédito á aquellas palabras. No cabia en mi alma suponer tanta vileza. Hoy, aunque tarde, conozco la ligereza con que procedí, ¡Pluguiera al cielo que no hubiera sido tan confiadal

Honda impresion iba produciendo en el niño el relato; pero no se atrevia á desplegar los lábios.

—El tiempo me demostró la triste verdad que encerraba aquella revelacion. Catalina... la mujer de mi seductor,—añadió, haciendo un supremo esfuerzo,—vino de España. Asisti á una escena que tuvo con su esposo, y oí que su hijo habia muerto de hambre, que ella habia tenido que implorar la caridad de personas influyentes, y por medio de un disfraz habia llegado hasta allí para acriminarle por su conducta.

Despues de aquella esceda tempestuosa, murió la desgraciada, oyendo antes de lábios de su esposo que jamás amaria á mujer alguna.

No sé cómo tuve valor para escuchar aquel juramento. El corazon se me saltaba, porque yo tenia ya titulos para reclamar su cariño.

Cuando hubo espirado Catalina, me presenté á tu padre, y le dije, vertiendo abundantes lágrimas:

»—Cumplirás lo que has prometido.

»—No,—me dijo;—los lazos que nos unen son indisolubles.

Al pronunciar estas palabras, Marina cayó en un parosismo que se asemejaba á la muerte.

—Por Dios, madre mia, dime quién es mi padre, para que yo pueda vengarte del mal que te ha causado.

Marina volvió en sí un momento despues.

Apuró el cordial, y se dispuso á proseguir.

El niño repitió su pregunta.

—La súplica que te hago en este supremo momento, y que tú acatarás, porque es la de un moribundo, es que respetes en todo tiempo al que te ha dado el sér; nunca hay razon para que un hijo alce su brazo contra su padre.

Un instante despues experimentaba la desgraciada Marina ese estertor que precede á la muerte.

Su vista se habia apagado, y extendiendo las manos hácia donde estaba su hijo:

—¿Dónde estás, hijo mio, que no te veo... Ven... que te estreche en mis brazos... perdóname... Adios, Cortés... yo... te... per...do...no.

Y espiró.

El niño, vertiendo abundantes lágrimas y abrazando á su infeliz madre:

—¡Madre mia!—exclamó.—¡Yo haré por cumplir tu súplica; pero no sé si tendré suficiente resignacion para no vengarte de ese hombre sin corazon!

Capítulo XCV.

En el que Hernan Cortés se embarca para España.

Casi al mismo tiempo que espiraba Marina, escribía Hernan Cortés á la Veracruz para que aprestasen dos buenas carabelas, en las que se proponía regresar á España.

Comisionó, para desempeñar este encargo, á Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla, encareciéndole la mayor actividad.

Veinte dias habian trascurido desde su salida, tiempo más que suficiente para su regreso, y sin embargo no volvía.

Como el ilustre caudillo habia sufrido tantos engaños, creyó que tendria que lamentar alguna nueva deslealtad.

Esta idea le mortificaba tanto más, cuanto que

recientemente, todos á porfia, le habian dado pruebas de adhesion, de su cariño.

Para salir de dudas envió á otros de sus capitanes á la Veracruz.

Este volvió á Méjico terminada la mision que le habia llevado á la Veracruz.

Hernan Cortés le esperaba en la playa con impaciencia, y apenas saltó en tierra:

—¿Decidme pronto,—le preguntó,—qué datos habes adquirido respecto á la desercion de Pedro Ruiz de Esquivel?

—No ha desertado, señor.

—Pues entonces, ¿qué se ha hecho de la embarcacion que le condujo á Veracruz, porque no veo que la traigais, ni cómo se explica su ausencia?

—Por desgracia se explica fácilmente.

—Hablad.

—Pero Ruiz de Esquivel es leal.

—¿Qué decis?—exclamó Hernan Cortés.—¿Acaso le ha sucedido alguna desgracia?

—No os equivocais.

Hernan Cortés sufría lo que no es decible, y apenas se atrevia á profundizar el misterio que encerraban las palabras del capitan.

Atribuía aquella desgracia á un aviso de la Providencia, como dándole á entender que su regreso á España habia de ser causa de grandes desventuras.

Dominado, sin embargo, por la curiosidad:

—Veamos, pues, lo que ha pasado,—exclamó.

—Cuando ya iba á arribar á Veracruz, llamó mi

atención las muchas aves de rapiña que revoloteaban junto á un promontorio. Viré hácia aquel sitio, y figuraos mi sorpresa cuando ví un brazo casi completamente descarnado. La parte de manga de su jubon que conservaba, me hizo sospechar que pertenecía á nuestro buen amigo.

—¡Qué horror!

—Disparé mi arcabuz, y cuando ahuyenté á las carnívoras aves, me acerqué para examinar cuidadosamente el cadáver.

Mi sorpresa creció de punto al observar que le habian enterrado, dejando sólo aquel brazo fuera de la tierra.

Para identificar la persona, procedí á la exhumación, y ví con sentimiento que aquellos restos que tenia delante eran los del infortunado Pero Ruiz de Esquivel.

—¿Y qué causas habrán motivado su muerte?

—No he podido averiguarlo. Pero todo indica que ha muerto peleando.

—¿Y en qué os fundais para decir eso?

—En que tenia en la frente una gran cuchillada.

Cortés permaneció silencioso algunos momentos, al cabo de los cuales añadió:

—¿Y nada habeis averiguado de un negro que llevaba en su compañía

—Nadie ha sabido darme razon de él.

—Es singular.

—A mi juicio, ha sido sorprendido por algunos para robarle.

—Yo más bien creo que los mismos tripulantes han cometido ese atentado.

—La verdad es que no se ha podido saber quién le mató, ni dónde ha ido á parar la barca que le conducia

Mucho sintió Hernan Cortés aquella catástrofe, y aunque infructuosamente, se hicieron algunas diligencias para venir en conocimiento de quiénes eran los culpables.

En ilustre caudillo, venciendo la repugnancia que sentia por supersticiosos temores, activó los preparativos para la marcha.

—Hizo inventario de su hacienda mueble, que fué valuada en doscientos mil pesos de oro.

Dejó por gobernadores de su estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, á Diego Docampo, y á un tal Santa Cruz.

Basteció muy bien dos navíos, dió pasaje y matalotaje franco á cuantos entonces pasaron, embarcó mil y quinientos marcos de plata, veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas.

Trasladó á bordo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota y algunos indios é indias, raros por su blancura, otros enanos y otros contrahechos.

Embarcó tambien jaguares, alcatraces, un aiotochtli, un tlacuasi, animal que enseña ó embolsa á sus hijos para comer, y cuya cola, segun las indias, ayuda mucho á parir á las mujeres, y gran número de mantas de pluma, ventalles, rodellas, plumajes,

pedras preciosas y otros muchos objetos que se proponia regalar al monarca.

Cuando todo esto estuvo dispuesto, acudió á la iglesia Mayor, donde se celebró una solemne funcion religiosa para implorar del Todopoderoso su proteccion de aquel viaje, y terminada aquella, se dirigió á la playa seguido de las personas que habian de acompañarle en la travesía, y de una inmensa muchedumbre, en la que, como es de presumir, se contaban en primer término sus amigos y partidarios, y todo el cabildo de Méjico, deseosos de tributarle aquel acto de cariño.

Hernan Cortés se hallaba profundamente conmovido, no sólo por aquella entusiasta manifestacion de que era objeto, sino porque veia próximo el momento de realizar aquel viaje que habia de fijar su porvenir.

El obispo de Tlascalala, el reverendo fray Julian, tomó la palabra, y no ménos conmovido que el caudillo.

—Hernan Cortés,—le dijo,—recibid mi bendicion y contad siempre con mi amistad. Vais á partir á la córte, y allí espero que harán justicia á vuestros grandes merecimientos. No os desanimeis, sin embargo si así no sucede. En el supremo tribunal de Dios, ante el cual todos tenemos que comparecer en su dia, hallareis el premio que aquí traten de escatimaros vuestros enemigos, los que influyen en contra vuestra al lado del monarca. Conozco la rectitud de vuestros sentimientos, y podeis presentaros, tanto en la

córte como en cualquiera parte, con la frente erguida.

El religioso hizo una breve pausa para enjugar las lágrimas que surcaban su rostro.

—Ahora permitidme que os abrace,—añadió,—y que suspenda mi discurso: cuanto pudiera deciros, seria pálido para manifestaros lo que mi corazon siente en este supremo instante.

Hernan Cortés le estrechó cariñosamente en sus brazos, hizo lo propio con todos sus amigos, y al trasladarme á bordo, besó la mano con el mayor respeto á fray Garcés y á los demas clérigos.

Un instante despues surcaba las aguas de la laguna acompañado de sus más esforzados capitanes, que deseaba presentar al monarca para que les premiase sus heróicos servicios.